

Literature and moral progress

LITERATURA Y PROGRESO MORAL

Jesús David Girado Sierra⁵

El surgimiento de la cultura de los derechos humanos parece no deberle nada al incremento del conocimiento moral, sino a la práctica de escuchar historias tristes y sentimentales.

Rorty, Derechos Humanos, Racionalidad y Sentimentalismo.

Resumen

Para Richard Rorty la filosofía tradicional ha estado reducida a debates metafísicos, teológicos y epistemológicos, ocupada en una inútil búsqueda de la objetividad y la verdad absoluta; en este sentido, la literatura ha resultado ser mucho más útil para lograr la solidaridad, el progreso moral y el mejoramiento de nuestras prácticas sociales, debido a que logra de manera más efectiva manipular (modelar) los sentimientos, al tiempo que nos permite ponernos en el lugar de las personas (aunque sean ficcionales) en situación de humillación, dolor o exclusión, de tal forma que podamos redescubrir y reevaluar nuestras prácticas sociales, con el fin de ser mejores.

Palabras clave

Pragmatismo, filosofía, literatura, progreso moral, objetividad, solidaridad.

Abstract

For Richard Rorty traditional philosophy has been reduced to metaphysical, epistemological and theological debates, engaged in a futile search for objectivity and absolute truth. In this sense, literature has proved to be much more useful to achieve solidarity, moral progress and the improvement of our social practices, because it manages to manipulate in a more effective way (modeling) feelings; while allowing us to place ourselves in the place of people (even fictional) in a situation of humiliation, pain or exclusion, so we can re-describe and reassess our social practices, in order to be better.

Key words

Pragmatism, philosophy, literature, moral progress, objectivity, solidarity.

⁵ Magister en Filosofía y candidato al Doctorado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Correo: davidgirado@gmail.com

De acuerdo con el pragmatismo, la filosofía se ha preocupado desde sus inicios entre los helenos por la búsqueda de las esencias, cuya aprehensión garantizaba el *conocimiento verdadero*; la realización de dicha empresa la podemos ver en los intentos platónicos de sustraerse a la temporalidad, así como frente al proyecto kantiano de hallar condiciones a-históricas de la posibilidad de fenómenos temporales. Por indagar y pretender encontrar lo que se denominó la verdad o las condiciones de posibilidad para el conocimiento de esta -fuera de los fenómenos mismos, de la historia y de las condiciones reales-, los filósofos han terminado por dar una imagen no solo poco atractiva de la filosofía, sino, y lo que es peor, la han hecho ver como una actividad inútil; en palabras de un neopragmatista como Rorty, “[los filósofos] después de haber renunciado a la esperanza de alcanzar el conocimiento eterno comenzaron a proyectar imágenes en el futuro” (Suárez, 2002, p.13).

Tal vez sea hora de que la filosofía abdique de hacer interpretaciones emancipadoras del mundo, de proyectarlo hacia un futuro con ideales realizables y establecidos a-histórica o meta-históricamente, y se dedique a pensar en las reales necesidades de quienes la reclaman como actividad útil para la vida. No se trata de abandonar o asesinar la filosofía (crítica errónea que le han hecho al pragmatismo), se trata de corregir su camino, de transformarla, empezando por reorientar su tarea, reevaluando el objeto y la forma de sus preguntas, de donde se desprende indudablemente su utilidad o inutilidad.

Así, la pregunta por lo que es la filosofía y, por tanto, el interés por poner de manifiesto su utilidad e inutilidad, ha sido uno de los asuntos de los que se han ocupado pragmatistas clásicos como John Dewey y William James, y neopragmatistas como Bernstein, Rorty y Shusterman. En este escrito se abordará de manera sucinta, en la medida en que se constituye en una aproximación, la perspectiva de Richard Rorty sobre la reorientación pragmática de la filosofía en cuanto equiparable a la literatura para efectos de lograr el objetivo más relevante: el progreso moral por vía de la solidaridad.

¿Qué podemos hacer para ser mejores? Esa es la cuestión

El pragmatismo deja claro que es hora de pasar de la pregunta por la esencia o la naturaleza humana al interrogante: ¿qué podemos hacer por nosotros mismos para ser mejores? Dicho cuestionamiento nos lleva inexorablemente a repensarnos, a redescubrirnos como seres-producto de contingencias naturales e históricas, pero lo más importante, nos mueve a dar el paso hacia la responsabilidad con nosotros y con los que no están en el “círculo del nosotros”; y desde luego en el ámbito filosófico representa un paso de la metafísica y la epistemología a los proyectos ético-estético-políticos. En esta medida, las características principales de lo que se denomina el pragmatismo clásico, retomado por un neo pragmatista como Rorty, serán,

1. La crítica al *fundacionalismo*: que consiste en una directa invitación a abandonar la distinción griega entre apariencia y esencia, entre opinión y verdad; en este sentido es preciso reconocer que estamos en un mundo sin esencias, o mejor, son estas el resultado de la imaginación griega-platónica. La imagen platónica de la verdad y el destino humano de su búsqueda

perenne hacen creer que había una *realidad objetiva* entendida, como en el caso kantiano, como una realidad intrínseca, un en-sí, o en cualquier caso, como una realidad a-histórica, a la que debíamos acercarnos para rechazar la ilusión, las apariencias, el error, la maldad o el pecado. De esta manera, los argumentos sobre la naturaleza o sobre la “esencia” humana, que tanto eco han hecho en el pensamiento occidental, son objeto de cierto desenmascaramiento –iniciado por Nietzsche– de lo que Richard Bernstein (1983, p. 199) denomina el “afán platónico”. Así, lo que se deriva de esta primera crítica al fundacionalismo es el rechazo a la idea de una estructura de la existencia que sirve de referencia moral, como también a la pregunta por lo intrínsecamente o esencialmente humano; es decir, como no hay esencias, y lo único que realmente existe en el mundo humano son relaciones contingentes, no es posible hablar de lo “humano” de manera unívoca y como categoría universal. No hay algo inmodificable llamado “lo humano”. “La palabra ‘humano’ nombra un proyecto impreciso pero prometedor, no una esencia” (Rorty, 1997, p. 50). De manera más precisa, el filósofo norteamericano señalará

Los seres humanos no tienen una naturaleza, no existe naturaleza alguna de la existencia humana. Simplemente existen los diversos modos en que los seres humanos se reunieron formando una sociedad y establecieron sus propias tradiciones. Algunas de estas tradiciones hicieron mucho más felices a los seres humanos; otras los hicieron mucho más infelices (Rorty, 2009, p. 38).

2. El rescate de la contingencia: en cuanto que después de Darwin, Nietzsche y todos los señalamientos hechos por los historiadores y los antropólogos, resulta para el pragmatismo ridículo que siga pensando el desarrollo de los seres humanos fuera de las circunstancias biológicas, históricas y culturales. John Dewey (1938) vio en el rescate de la contingencia y, por tanto, en el rechazo de determinaciones metafísicas, una manera de comprender mejor la plasticidad y adaptabilidad de las ideas y el comportamiento humano a las circunstancias; en este sentido, el lenguaje, las ideas y las conductas humanas son herramientas de adaptación que favorecen al mejoramiento del individuo mismo con respecto a sus circunstancias. Por tanto

Creían [los pragmatistas clásicos] que las ideas no están ‘ahí’ esperando ser descubiertas, sino que éstas son herramientas –como los tenedores, los cuchillos y los microchips– que los individuos crean para hacer frente al mundo en que se encuentran. Creían que las ideas no se desarrollan según cierta lógica interna, sino que son absolutamente dependientes, como los gérmenes, de sus portadores humanos y del ambiente; y creían que como las ideas son respuestas provisionales a circunstancias particulares e irreproducibles, su supervivencia no depende de su inmutabilidad sino de su adaptabilidad (Menand, 2001, p. 13).

3. La preferencia por la democracia: el rescate de la contingencia conducirá a los pragmatistas a considerar la democracia como el mejor estilo de vida que han logrado algunas sociedades hasta el momento, dado que permite no solo la igualdad y libertad de expresión, sino el reconocimiento de la falibilidad de todos los argumentos, siempre propensos a ser replanteados en busca de una mayor utilidad para describir y persuadir. Esta no solo es producto de las contingencias históricas que nos han hecho capaces de reconocer lo que nos causa dolor y lo que nos produce placer, sino que permite ella misma, contrario a la imposición del determinismo de los totalitarismos, el desarrollo del libre juego de los acuerdos intersubjetivos con miras a lograr progresos morales.

Ahora bien, en vista de que no existe eso que en la tradición filosófica ontoteológica se ha llamado *naturaleza* o *esencia* humana, o en caso de que existiera, la preocupación por conocerla no tiene efecto ninguno en el cambio de nuestras intuiciones morales; en otras palabras, de nada le sirve a un racista o a un homofóbico saber que existe una idea de bien a la que se resiste y una condición racional que se niega a aceptar, pero que lo hace “igual” a los demás.

De esta manera, la ambición del pragmático es alcanzar, no la *esencia* humana, sino una *utopía*, al estilo de la imaginada por la Ilustración, cuyo origen recae en el atrevimiento de idear una sociedad mejor, o sea, menos cruel, más inclusiva y con mayores libertades, y en vista de que el medio más efectivo para lograrla que hemos concebido en Occidente hasta este momento de nuestra historia es la democracia, es preciso reconocer que el conocimiento de un fundamento ahistórico o trascendente de esta, no motiva su respeto y, por tanto, no ayuda a que nuestras acciones sean más benévolas; por el contrario, puede ser este un peligroso argumento metafísico para iniciar una inquisición.

Por esta razón, un pragmático como Rorty (1998) considera que la democracia y la denominada *cultura de los Derechos Humanos*, no es un logro del conocimiento de una supuesta *naturaleza* humana o de un fundamento transcultural, sino que es el resultado de una acertada revisión del pasado para detectar actos de crueldad, de discriminación y, por ende, de anulación de la libertad, además de ser la consecuencia de atrevernos a imaginar una sociedad mejor. La herramienta que usamos entonces para llegar a este estilo de vida, propenso aún a mejorar, fue en menor medida la razón, en gran medida el sentimiento; no tanto los argumentos abstractos de la filosofía, cuanto la ampliación de la capacidad de imaginación moral, las narraciones literarias que nos han hecho más sensibles al profundizar nuestra comprensión de las diferencias entre las personas, de la diversidad de sus necesidades, acercándonos a su dolor y humillación. Señala Rorty

Nosotros los pragmáticos argumentamos partiendo del hecho de que el surgimiento de la cultura de los derechos humanos parece no deberle nada al incremento del conocimiento moral, sino a la práctica de escuchar historias tristes y sentimentales; llegamos así a la conclusión de que probablemente no existe conocimiento alguno de la clase que Platón concibió. Y pensamos que, dado que al parecer no se logra nada útil insistiendo en afirmar que la naturaleza humana es ahistórica, probablemente no exista tal naturaleza, o al menos no haya nada en ella que tenga influencia sobre nuestras elecciones morales (1998, p. 172).

De acuerdo con esto, es preciso disponer nuestras reflexiones no al conocimiento de la *esencia* humana, sino a la esperanza en un mundo mejor. Esperanza en una utopía hacia la que avanzamos por medio de la conservación de intuiciones morales como las que dieron lugar a una forma de vida como la democrática.

Mientras filósofos como Platón, Tomás de Aquino y Kant invitaron al conocimiento de nuestra naturaleza para lograr la comprensión y persecución del “sentido de la obligación moral”, reduciéndonos a lo meramente racional, el pragmatismo nos lleva a reconocer la relevancia que adquieren, en las narraciones literarias, la compasión, la amistad, el amor, la confianza o la solidaridad social, para la construcción de una sociedad mejor. El pragmatista cree que

se logra ser mejor moralmente cuando surte efecto la manipulación de los sentimientos, a partir de una correcta *educación sentimental*. “El objetivo de esta suerte de manipulación del sentimiento es ampliar la referencia de las expresiones *gente de nuestra clase y gente como nosotros*” (Rorty, 1998, p. 176).

Literatura y Progreso Moral

El pragmatismo ha logrado mostrar que la filosofía y la literatura no pueden ser excluidas del desarrollo de las actividades humanas, por tanto es inaceptable que filosofía sea reducida, como pretendieron los neopositivistas, a ser simple revisora de los procedimientos de la ciencia, y que la literatura sea subvalorada como simple entretenimiento sin efecto alguno en las prácticas sociales. Con el pragmatismo es imposible ya pensar la filosofía y la literatura fuera de la cultura.

En este sentido, ha sido interesante la apertura del pragmatismo que ha hecho Rorty a ámbitos no concebidos, como los efectos de la literatura en las modificaciones de nuestros hábitos de acción, revaluando desde allí a la filosofía misma al integrar la ética y la política. En sus obras (véase, por ejemplo, *Contingencia, ironía y solidaridad*, 2001) es posible ver las características antes mencionadas del pragmatismo clásico, así como las concepciones neopragmáticas sobre la búsqueda de un sentido estético de la existencia; y en diálogo con las actuales tendencias filosóficas que se constituyen en un resurgir del estoicismo y del epicureísmo (y en general del ideal griego de “vida buena”), rescata una filosofía que mejore la vida, dándole a la literatura un papel bastante importante en ese lograr en el plano privado los ideales de “vida buena”, no sin dejar de conseguir hacernos más solidarios para mejorar nuestras relaciones con los demás.

Rorty (1998), una vez construye una férrea crítica al esencialismo como argumento fundacionalista de una supuesta naturaleza humana o estructura moral, subraya la importancia de comprendernos como seres envueltos en las distintas contingencias, como seres-resultado, como seres proyecto y no como encarnadores de una esencia; por tanto, la tarea de vivir consiste en *hacer-nos* a nosotros mismos en el plano privado, sin descuidar el ámbito público, el cual nos posibilita el disfrute de una vida íntima. La vía que propone Rorty para *crearnos o hacernos* es la redescrición estética autoenriquecedora, lograda a través de la literatura, la cual se constituye en un medio efectivo para conseguir un progreso moral por medio de un reconocimiento de nuestras contingencias y de una manipulación de los sentimientos.

Ahora bien, el pragmatista está convencido de su contribución a la pérdida de la atractiva imagen *objetiva* de la filosofía, es decir, su imagen de camino y pregunta por la verdad, de búsqueda de ideas que fundamenten y den sentido a los acontecimientos de la historia; y frente a la pregunta ¿desde dónde podría seguir hablando del carácter objetivo y la validez universal de la filosofía? Rorty (1996) invita a fijarse en la inutilidad de ver la objetividad desde una perspectiva esencialista, ahistórica y universalista, independiente de los distintos juegos de lenguaje que se dan en los diversos contextos culturales; es preciso reconocer que eso que llamamos “objetividad” es producto de acuerdos intersubjetivos que se dan al interior de

las comunidades a las que pertenecemos. Así, la ciencia, la filosofía y la literatura no son más que distintas versiones, no acerca del mundo, sino acerca de las interpretaciones de este, son distintos juegos del lenguaje frente a los cuales resulta ridícula una jerarquización y valoración con el propósito de desprestigiar.

El pensador neoyorkino nos lleva a dar el paso de la referencia a la objetividad con validez universal, al reconocimiento de los criterios de cada juego del lenguaje desarrollado por cada comunidad con una validez limitada a su contexto. En ese horizonte, es preciso entender la ciencia, la filosofía, la literatura y los saberes tradicionales, como juegos del lenguaje que solo logran tener sentido dentro de la consolidación de las prácticas de cada comunidad. En todo caso, mediante la literatura se logran redescubrir las prácticas sociales, con el objetivo de reconocer actos de crueldad, humillación y dolor, pero también se consigue imaginar mejores condiciones de libertad, variedad y crecimiento; así, la tarea es expandir el círculo del “nosotros”, reconociendo diferencias entre “nosotros” y otras personas, entre nuestro modo de vida y el de otros.

Llegar entonces a concebir a los demás seres humanos como “uno de nosotros”, y no como “ellos”, depende de una tarea descriptiva detallada de cómo son las personas que desconocemos y de una redescubierta de cómo somos nosotros o de qué tan crueles o compasivos podemos llegar a ser; para esto, el informe periodístico, la etnografía, el cine y, sobre todo, la novela, son de gran ayuda.

Conclusiones

Para un pragmatista como Rorty (1996) la literatura es un medio que posibilita la educación sentimental, a través de lo cual conseguimos el progreso moral; él cree que gracias a relatos que han despertado nuestra sensibilidad ante las situaciones de los otros, no solo hemos llegado a ser lo que somos, sino que en estos reside la clave para ser mucho mejores. La literatura posibilita, para efectos de una manipulación de los sentimientos y el progreso moral, el reconocimiento de gente diversa que tiene modos de vida distintos, asunto que la filosofía ha ignorado por su afán de universalización

La filosofía moral ha ignorado sistemáticamente un caso mucho más común: el de la persona cuyo trato con una franja bastante estrecha de bípedos implumes es moralmente impecable, pero que permanece indiferente ante el sufrimiento de los que no entran en esa franja, aquellos que considera pseudo-humanos (Rorty, 1998, p. 177).

Sirve de poco señalar a quienes asumen actitudes crueles y discriminatorias, que tienen en común la racionalidad con aquellos que son objeto de sus acciones. Muchos de quienes caen en estos actos están completamente conscientes de esto, al punto de que precisan que eso sea así para que la víctima asimile la humillación y el sufrimiento a la que se le somete.

En otras palabras, a los terroristas, racistas, homofóbicos o machistas, les sirve de poco saber que las víctimas de sus abusos son personas racionales que no tienen importancia sino dignidad, y que no son medios, sino fines en sí mismos; básicamente porque todo lo que importa para los victimarios es que esas personas sujetas a abusos, no cuentan dentro del círculo de sus prójimos; por tanto, son seres humanos de segunda categoría o pseudo-humanos. Es por esto que Rorty (1996) insiste en que de lo que se trata es de obtener una efectiva manipulación de los sentimientos, es decir, educarlos para que se logre, no obedecer el sentido de obligación moral, sino la compasión suficiente para llegar a ser solidarios con aquellos que no son como “nosotros”, pero a los cuales podemos incluir en el “círculo del nosotros”. Todo esto no es otra cosa que un *progreso de los sentimientos*, para efectos de un progreso moral, y la manera más efectiva que tenemos de lograrlo son la literatura y el cine.

Se trata entonces de llevar acabo un *progreso de los sentimientos* a partir de una ampliación de nuestra simpatía hacia los demás, acrecentando cada vez más nuestra capacidad para reconocer que las similitudes que tenemos con los otros superan las diferencias. Sin embargo, dichas semejanzas no consisten en que compartimos un yo verdadero con el cual encarnamos a la humanidad, se trata más bien de pequeños parecidos que pueden consistir en que se comparten gustos, proyectos, valores familiares o sentimientos hacia la amistad.

En definitiva, las historias que nos ponen en contacto con un sentimiento de empatía frente a los otros y nos hacen ampliar el círculo del “nosotros”, han jugado un papel más importante que los mandatos o imperativos morales. Es decir, somos genuinamente benévolos o más solidarios con los que no son como “nosotros” solo en cuanto logramos una simpatía⁶ con su situación de dolor y humillación, y cuando nos atrevemos a reconocer similitudes, por muy superficiales que sean.

No se logra desarrollar vínculos de solidaridad con los otros elaborando teorías sobre el bien o reconociendo una esencia o naturaleza común, sino siendo capaces de *sentir* su historia, sus circunstancias, su realidad. Siendo capaces de simpatizar con la narrativa en que se convierte la vida del otro. Es esta la forma más efectiva y sincera de ser mejores, logrando el *progreso de los sentimientos*.

⁶ Es posible reconocer que Rorty piensa en este caso la *simpatía* desde la concepción desarrollada por David Hume en su obra *Sobre el sentimiento moral* (2012).

Referencias

Bernstein, R. (1983). *Beyond objectivism and relativism: science, hermeneutics, and praxis*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Dewey, J. (1882-1898). *The Early Works (EW)*, 5 vols. Editadas por Jo Ann Boydston. Carbondale: Southern Illinois University Press.

Dewey, J. (1899-1924). *The Middle Works (MW)*, 15 vols. Editadas por Jo Ann Boydston. Carbondale: Southern Illinois University Press.

Dewey, J. (1925-1953). *The Later Works (LW)*, 16 vols. Editadas por Jo Ann Boydston. Carbondale: Southern Illinois University Press.

Hume, D. (2012). *Obra completa*. Biblioteca de Grandes Pensadores. José Luis Tasset, ed. Madrid: Editorial Gredos.

Menand, L. (2001). *El club de los metafísicos: historia de las ideas de América*. (Trad. A. Bonano). Barcelona: Destino.

Rorty, R. (1996). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Ed. Paidós.

Rorty, R. (1997). *¿Esperanza o Conocimiento? Una introducción al pragmatismo*. Buenos Aires: FCE.

Rorty, R. (1998). *Truth and Progress*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rorty, R. (2009). *Una ética para laicos*. Buenos Aires: Katz.

Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid, Alianza.